

# Elementos configuradores de una catequesis kerigmática en el proceso evangelizador

*Mons. D. Rino Fisichella*

*Presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*

Una vez visto el *Directorio General para la Catequesis* a la luz de la actividad evangelizadora de la Iglesia, abordemos ahora, dentro del proceso de la evangelización, uno de los pilares que lo caracterizan: la “catequesis kerigmática”. Me complace presentarme con una cita de san Agustín cuando escribió al diácono Deogracias. El diácono, como sabemos, pidió consejo al obispo para dar una catequesis atractiva y eficaz a sus catecúmenos. Agustín escribió este hermoso ensayo *De catechizandis rudibus*, cómo hacer la catequesis a la gente sencilla, donde encontramos escrito: «Me pediste, hermano Deogracias, que te escribiera algo que pudiera serte útil acerca de la catequesis de los principiantes. Me decías, en efecto, que en Cartago, donde eres diácono, a menudo te presentan algunos que van a recibir su primera formación en la fe cristiana, porque creen que tienes abundantes dotes de catequista, por tus conocimientos de la fe y la persuasión de tus palabras. Tú, en cambio, según confiesas, casi siempre te encuentras en dificultad cuando tienes que exponer adecuadamente aquellas verdades que debemos creer para ser cristianos. No sabes cómo ha de comenzar y terminar la exposición; si, terminada ésta, debes añadir alguna exhortación o más bien los preceptos, mediante la observancia de los cuales el oyente debe aprender a mantenerse cristiano de profesión y en la realidad. Me confesaste además y te quejabas de que a menudo, durante un discurso largo y desgarrado, tú mismo te sentías insatisfecho y aburrido, y más aún las personas que instruías con tus palabras

y los que te escuchaban. Y ante estos hechos te sentías obligado a pedirme, por la caridad que te debo, te escribiera algo sobre este tema, si ello no me era muy gravoso en medio de mis ocupaciones» (1, 1). Y aquí llegamos al punto que debemos destacar especialmente, «a fin de que *el que nos escucha, o mejor dicho, el que escucha a Dios por medio de nosotros*, comience a progresar en su modo de vida y en su doctrina, y avance con brío por el camino de Cristo, y no se atreva a atribuirnos ni a nosotros ni a sí mismo esta realidad, sino que se ame a sí mismo y a nosotros y a todos sus amigos *en aquel y por aquel que le amó cuando era enemigo* y, justificándolo, quiso hacerlo amigo suyo. En este punto me parece que no te hacen falta maestros que te indiquen que, cuando tú o los que te escuchan, disponéis de poco tiempo, debes ser breve, y si disponéis de más tiempo puedes extenderte más en la explicación: esta es, efectivamente, una regla que se aprende sin necesidad de que nadie nos dé normas para ello» (7, 11).

## Catequesis kerigmática

En el magisterio del papa Francisco, la evangelización ocupa el primer lugar (cf. EG, n. 25). No podía ser de otra manera. La evangelización es la tarea que el Señor resucitado ha confiado a su Iglesia para que sea en el mundo de todos los tiempos el fiel anuncio de su Evangelio de amor. No tenerlo en cuenta sería convertir a la comunidad cristiana en una de las muchas asociaciones meritorias, por sus dos mil años de historia, pero no en la Iglesia de Cristo. Esta perspectiva del papa Francisco, entre otras cosas, está en fuerte continuidad con la enseñanza de san Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* de 1975. Ambos no hacen más que referirse a la riqueza surgida del Concilio Vaticano II que, en lo que a la catequesis se refiere, ya encontró su punto central en la *Catechesi tradendae* (1979) de san Juan Pablo II.

La catequesis, por tanto, está íntimamente ligada a la labor de evangelización y no puede separarse de ella. Debe asumir las características propias de la evangelización sin caer en la tentación de convertirse en un sustituto de la misma o de querer imponer sus propias premisas pe-

dagógicas a la evangelización. En esta relación la primacía corresponde a la evangelización, no a la catequesis. Esto permite comprender por qué a la luz de la *Evangelii gaudium* se puede hablar de una “catequesis kerigmática”, como deja claro todo el *Directorio*. Es esencialmente un anuncio —primero y principal, esencial, fundamental— de la resurrección de Jesucristo, ofrecida y hecha para ser experimentada como el sentido y la salvación de toda la existencia personal. En nuestro tiempo en particular, el *kerygma* ha sido redescubierto como el anuncio de la misericordia del Padre, que brilla en el rostro del Hijo y que en el Espíritu Santo se entrega a todos. Este anuncio provoca la fe en él e implica la libertad, abriendo un camino que lleva a convertirse en «discípulo misionero». Por tanto, la catequesis como anuncio kerigmático no puede situarse solo al principio del proceso de evangelización, sino que lo atraviesa, precisamente porque es un conocimiento gradual y progresivo del amor, que madura y profundiza con el tiempo.

Es importante tener en cuenta otro aspecto. Con este significado de catequesis, se hace referencia no solo al contenido del anuncio, sino también al acto por el que se hace el anuncio. Para que el anuncio kerigmático pueda tocar la libertad de quienes lo reciben y provocar una respuesta, es vital que se produzca dentro de una relación, en una dinámica de escucha y diálogo, que cree las bases indispensables de estima, confianza y apertura de corazón. Como señala el *Directorio*, «en el *kerygma*, el sujeto que actúa es el Señor Jesús, que se manifiesta en el testimonio de quien lo anuncia, por tanto, la vida del testigo, que ha experimentado la salvación, se convierte en lo que toca y conmueve al interlocutor» (n. 58). La referencia a esta perspectiva se encuentra sobre todo en los números 164-165 de la *Evangelii gaudium*, de los que se desprende la primacía del *kerygma*. El anuncio de la persona de Jesucristo, que supera los límites del espacio y del tiempo para presentarse a cada generación como la novedad ofrecida para alcanzar el sentido de la vida, es el corazón de la catequesis. Sin embargo, como he mencionado, hay una nota fundamental que la catequesis debe hacer suya: la *misericordia*.

El *kerygma* es el anuncio de la misericordia del Padre que sale al encuentro del pecador, ya no considerado como un extraño, sino como

un invitado privilegiado al banquete de la salvación que consiste en el perdón inicial de los pecados. Si se quiere, es en este contexto donde el catecumenado toma fuerza como experiencia del perdón ofrecido y de la nueva vida de comunión con Dios que le sigue. El catecumenado se vive a la luz de haber descubierto una «vida nueva». La centralidad del *kerygma*, sin embargo, debe entenderse en un sentido cualitativo y ciertamente no temporal. Exige, de hecho, que esté presente en todas las fases de la catequesis y en cada catequesis. Es el «primer anuncio» que se hace siempre, porque Cristo es el único imprescindible. La fe no es algo obvio que se recupera en momentos de necesidad, sino un acto de libertad que compromete toda la vida. Así, surge claramente lo que el *Directorio* prevé: la centralidad del *kerygma* «que se expresa en sentido trinitario como compromiso de toda la Iglesia». La catequesis, tal como la expresa el *Directorio*, se caracteriza por esta dimensión y por las implicaciones que aporta a la vida de la persona. Toda la catequesis, dentro de este horizonte, adquiere un valor particular que se expresa en la constante profundización del *kerygma*, que necesita ser cada vez más comprendido y hecho propio en el amor. La catequesis, por tanto, da lugar a un conocimiento del amor que lleva a los que la han recibido a convertirse en discípulos evangelizadores, compartiendo el Evangelio recibido con alegría e integridad de vida.

Como se desprende de esta visión de conjunto que recorre todo el *Directorio*, “la catequesis kerigmática”, lejos de presentarse como una teoría abstracta, tiene un fuerte valor existencial. Se puede realizar a la luz del *encuentro* que permite experimentar la presencia de Dios en la vida de cada persona. Un Dios cercano que ama y sigue los acontecimientos de nuestra historia porque la encarnación del Hijo le compromete de forma totalmente directa. La referencia a la revelación ayuda a entrar en la propia dinámica con la que Dios se revela y permite hacer de la experiencia de la fe una relación interpersonal fecunda.

La *revelación*, de hecho, es explicada por el Vaticano II a la luz de la categoría del encuentro con el que Dios pretende llegar a toda criatura para revelar el misterio oculto durante siglos. «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y se entretiene

(mora) con ellos, para invitarlos a la comunión consigo y recibirlos en su compañía» (DV, n. 2). La expresión, si por un lado expresa mejor una presentación renovada de la revelación divina a la luz de la Sagrada Escritura, por otro, compromete a los creyentes a hacer de esta metodología un modo de vida personal y comunitaria. Una nota de especial interés podría ofrecer la expresión de que Dios «se entretiene». El sentido está cargado de significado. La relación con Dios no puede ser fugaz y alternante, sino constante y llena de amistad. Entretenerse con alguien es interesarse por su persona y su vida. Cuando nos entretenemos, de hecho, la relación se carga de interés y crece la curiosidad por conocernos más. Entretenerse con Dios es una conversación amistosa que apunta a un conocimiento cada vez más profundo para llegar a una participación directa en su propia vida.

No es ajeno a la catequesis eso de cautivar a los creyentes para hacerles partícipes del misterio de la salvación, permitiéndoles familiarizarse cada vez más con los contenidos de la fe. Por otro lado, el encuentro con la persona es una fuente de conocimiento. Saber más sobre Jesucristo, y la historia de su Iglesia en su desarrollo dogmático, obtenido a través del deseo de conocer más, también permite crecer en el autoconocimiento. La catequesis debe implicar a todos, catequistas y catequizados, para que experimenten esta presencia y se sientan implicados en la obra de misericordia. En definitiva, una catequesis de este tipo permite descubrir que la fe es realmente un encuentro con la persona antes que una propuesta moral (cf. *Deus caritas est*, n. 1), y que el cristianismo no es una religión del pasado, sino un acontecimiento del presente. Las palabras de san John Henry Newman vuelven a tener un significado especial en este contexto: «El cristianismo es una verdad viva que nunca envejece. Algunos hablan de ello como si fuera un hecho histórico que solo afecta indirectamente a la vida actual. No puedo permitir que quede relegado a la historia. Ciertamente tiene sus raíces en un pasado glorioso; pero su fuerza es la fuerza presente. No es un tema lúgubre para la investigación arqueológica; para identificarlo no hay que recurrir a documentos medio difuntos y acontecimientos muertos, sino a nuestra fe, viva en sus temas siempre vivos; a un don siempre obtenible y utilizable. Nuestra comunión con

el cristianismo está en el invisible, no en un pasado sin relevancia»<sup>1</sup>. Todo esto lleva a la conclusión de que el anuncio kerigmático puede realizarse siempre *in itinere*, es decir, en el transcurso de un proceso que posibilita la escucha de la Palabra de Dios. En este camino, en el que la vida se interpreta a partir de la Palabra de Dios, el catequista nos ayuda a comprender que la historia de cada persona es una historia de salvación y nos invita a descubrir los signos de la presencia fiable de Dios, que nunca falla.

De ello se deriva una consideración operativa: además de las prácticas tradicionales de primer anuncio, muy extendidas en algunos movimientos y asociaciones, cuyo objetivo es provocar una chispa, a menudo de forma inesperada. La catequesis kerigmática puede tener lugar en la pastoral y en los caminos de la catequesis ordinaria: es una posibilidad eficaz para abrirse a la evangelización. Para ello, el *Directorio* resume algunos elementos, propios del impacto kerigmático, que la catequesis, en todas sus fases y declinaciones, está invitada a potenciar, a saber: «el sentido de propuesta; el estilo narrativo, afectivo y existencial; la dimensión testimonial de la fe; la actitud relacional y el carácter salvífico» (n. 59).

La catequesis, en sí, es una parte importante del proceso de evangelización porque permite una primera síntesis entre el anuncio del *kerygma*, la comprensión de la fe, la vida sacramental y el testimonio cristiano. En efecto, es difícil encontrar un lugar en el que se presente la vida de los creyentes como un todo, tal como se ve concretado en la catequesis. Por eso, el Dicasterio de la Nueva Evangelización se ha visto en cierto modo obligado a centrar su trabajo en la renovación de la catequesis como espacio privilegiado en el que la evangelización se abre para asumir, como ha hecho a lo largo de sus veinte siglos de historia, el compromiso de compartir la fe con todos los que encontramos en nuestro camino. En este proceso son urgentes algunos elementos que permiten que la evangelización sea coherente con la propia naturaleza que el Señor ha confiado a sus discípulos.

---

1 J. H. NEWMAN, *Grammatica del'Assenso*, Milano 1970, p. 302.

En primer lugar, cabe destacar la conciencia de los desafíos que la cultura presenta hoy y que, como en el pasado, merecen ser conocidos y comprendidos para permitir que la fe se exprese en un nuevo lenguaje siempre atento a los cambios de los interlocutores. En esta coyuntura, entra en juego la atención debida a los creyentes que *no son hijos de otra época*, sino que viven los mismos e idénticos problemas que sus contemporáneos. Una catequesis que persigue la presentación de contenidos con una metodología incapaz de comunicarse con el interlocutor, se situaría fuera del proceso evangelizador y se reduciría a la esterilidad. Por ello, es urgente considerar la validez de nuestra propuesta catequética para ver si es verdaderamente coherente con la obra de la nueva evangelización. No es el caso de detenerse demasiado en el argumento, pero es indiscutible que la Iglesia, en este contexto cultural tan polifacético y lleno de diferentes tradiciones culturales y eclesiales como es Europa, está viviendo una etapa histórica que definirla como épica no es nada retórico. Las estadísticas sobre la religiosidad en nuestros países ponen de manifiesto un hecho notable: existe una mentalidad creciente, diferente a la de décadas anteriores, que está llevando a las generaciones más jóvenes, en particular, a desprenderse de la fe cristiana y a elegir la vía radical del ateísmo o la aún más incierta del agnosticismo. Es posible continuar con una práctica catequética que no tenga en cuenta esta situación cultural, pero pone la evangelización en peligro mortal, porque la sitúa efectivamente en el horizonte de la irrelevancia. Expresar la renovación de la catequesis a la luz de la expresión «*catequesis kerigmática*», por lo tanto, tiene un significado propio y un objetivo que debe perseguir. La expresión no es en absoluto retórica, y pretende delinear el espacio dentro del cual es posible seguir el camino más amplio que la Iglesia está llamada a seguir en este momento histórico de cambio épico.

## La inspiración catecumenal de la catequesis

Para indicar la dimensión misionera de la acción catequética, el *Directorio General para la Catequesis* da indicaciones sobre su inspiración catecumenal (nn. 61-65). La razón para volver a proponer la inspiración

catecumenal de la catequesis se debe a la pérdida en la sociedad contemporánea de los lugares donde en el pasado reciente se garantizaba un ambiente natural para la vida de fe, incluso antes del tiempo oficial para la instrucción religiosa, representado por el catecismo. Sin embargo, detrás de esta motivación sociológica hay una razón teológica, a saber, la formación de la identidad del creyente. Para que haya una auténtica formación cristiana, es necesario experimentar la vida cristiana y el lugar donde esto puede ocurrir es en la vida comunitaria, con su rica y variada red de relaciones, intercambios y contribuciones, que sigue siendo insustituible. No es casualidad que el catecumenado se presente como un espacio de «formación» y «maduración», reconociendo en estos aspectos su efectiva capacidad iniciática. Una comunidad que se deja modelar por la experiencia catecumenal vuelve a ser un lugar de aprendizaje sapiencial de la fe, valorando todo lo que ayuda a los bautizados a tocar con sus manos lo que significa vivir la relación con el Señor y la nueva vida como hijos e hijas de Dios: la escucha de la Palabra, la oración, la liturgia, la piedad popular, la vida fraterna, el testimonio de la caridad, el compromiso en el mundo. Valorar la inspiración catecumenal de la catequesis significa, por tanto, ser conscientes de que esta no lo es todo, sino que forma parte de un proceso más amplio, que es todo el proceso catecumenal, en el que se encuentran también las otras dimensiones de la vida cristiana, la litúrgica y la de la caridad: esto permite una comprensión más orgánica del misterio de la fe. Al igual que sucede en el catecumenado que acompaña la elección de recibir el don de la fe con el bautismo, del mismo modo la catequesis que se inspira en ese camino catecumenal se hace más disponible para acompañar a los fieles en el redescubrimiento o la maduración de su propio acto de fe.

Un punto que consideramos decisivo en esta coyuntura histórica es el de saber dar la razón por la que se cree. Antes de acceder, por tanto, a los contenidos de la fe (*fides quae*), es urgente que el cristiano sepa responder por qué es importante creer. En otras palabras, debe ser capaz de darse a sí mismo, en primer lugar, una explicación convincente de su acto de creer y de querer confiarse a Dios que se revela en Jesucristo. Este momento (*fides qua*) no puede olvidarse como ha ocurrido en las



últimas décadas. Las consecuencias negativas de este olvido están ante nuestros ojos. Entre los muchos, se puede hacer referencia a la privatización de la fe, debido al olvido de que es un acto ciertamente personal pero también eclesial. Es la Iglesia la que cree y transmite la fe. El «yo creo» se combina necesariamente con el «nosotros creemos» (CIC, nn. 166-167). Uno puede conocer los contenidos de la fe, del mismo modo que se conocen fórmulas químicas, sin ser capaz de entrar en ellos con la fuerza de convicción que se desprende de la elección realizada. La elección de creer permite iluminar la propia vida como una *llamada a la libertad*. En una época como la nuestra, en la que la libertad adquiere una importancia tan calificativa y decisiva, aunque a menudo sea malinterpretada, no es en absoluto secundario dar las razones de la elección de la fe como acto personal en el que el creyente expresa mejor su deseo de libertad y su fuerza para ejercerla.

La catequesis que da la primacía al *kerygma* es lo contrario de cualquier imposición, aunque sea la de una evidencia que no permite ninguna salida. La elección de la fe, en efecto, antes de considerar los contenidos a los que adherirse con el propio asentimiento, es un acto de libertad porque se descubre que se es amado. En este contexto, es bueno considerar detenidamente lo que el *Directorio* propone sobre la importancia del acto de fe en su doble articulación (cf. n. 18). Por demasiado tiempo la catequesis ha centrado sus esfuerzos en dar a conocer los contenidos de la fe y con qué pedagogía transmitirlos, descuidando desafortunadamente el momento más decisivo, el acto de elegir la fe y dar el asentimiento.

La certeza del amor, por tanto, impone la necesidad del conocimiento. El carácter agustiniano de esta idea se comprueba fácilmente. Para la catequesis, sin embargo, esto conlleva una consecuencia de inestimable valor pedagógico, como es la referencia al amor como forma de conocimiento. Expresiones como estas no pueden pasar desapercibidas en un momento en el que se está elaborando un *Directorio*, cuya finalidad es indicar las pautas para la realización del proceso catequético para toda la Iglesia. Si se consideran las tres partes en las que se estructura este *Directorio*, se puede ver fácilmente cómo la primacía de

la evangelización y el conocimiento a través del amor son felizmente aceptados como criterios fundantes de todo el proceso catequético.

Otras características explicitan y completan la primacía del *kerygma* en referencia a la catequesis y el *Directorio* las presenta como parte fundamental del proceso de catequesis. Es bueno considerarlos brevemente para llegar a la visión unitaria que propone el nuevo *Directorio*. La primera dimensión es la *mistagogia*. El *Directorio* ha dejado muy claro en qué consiste esta dimensión. En primer lugar, una apreciación renovada de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana; después, una maduración progresiva del proceso de formación en el que se implica toda la comunidad. La *mistagogia* aunque es un camino preferido para seguir, sigue siendo obligatorio. No es, en absoluto opcional, en el camino catequético, porque nos insta cada vez más en el misterio que se cree y se celebra. La conciencia de la primacía del misterio es lo que lleva a la catequesis a no aislar el *kerygma* de su contexto natural. Es fácil comprobar esta perspectiva que se indica como dimensión constitutiva de la catequesis (cf. nn. 81-87). El misterio, cuando es captado en su profunda realidad, requiere silencio. Una verdadera catequesis nunca tendrá la tentación de decir todo sobre el misterio de Dios. Por el contrario, debe introducirnos en el camino de la contemplación del misterio, haciendo del silencio su conquista. La catequesis es una inserción progresiva en el misterio de la fe. El anuncio de la fe es siempre el anuncio del misterio del amor de Dios que se hace hombre para nuestra salvación. La respuesta no puede separarse de la aceptación del misterio de Cristo en uno mismo para iluminar el misterio de la propia experiencia personal (cf. GS, n. 22). Este camino de inserción progresiva en el misterio fue desarrollado por varios Padres de la Iglesia como un camino catecumenal por el que se descubre paso a paso el gran don del Evangelio y la necesidad de acogerlo en la propia vida para permitir la realización de una nueva existencia a la luz del discípulo. En el *Directorio*, por tanto, la *mistagogia* se inserta con razón en ese camino de inspiración catecumenal que atraviesa la catequesis (cf. nn. 35, 63-64). La conversión encuentra su sentido más expresivo en este espacio. Se capta no como un acto mágico de un rito externo y sin sentido, sino como una disposición a acoger dentro de uno mismo

la gracia que transforma, dejándola actuar sin obstáculos. El vínculo entre evangelización y catecumenado, en sus diversas acepciones (cf. n. 62), permite al *Directorio* afirmar la urgencia de realizar la «conversión pastoral» para liberar a la catequesis de dos ataduras que impiden su eficacia.

La primera, que puede identificarse como la “escolarización obligatoria”, según la cual la catequesis de iniciación cristiana se vive según el modelo escolar. El catequista sustituye al profesor, el aula de la escuela es sustituida por la del catecismo, el calendario escolar es idéntico al del catecismo. La segunda es la mentalidad por la que se hace catequesis para recibir un sacramento. Es obvio que una vez terminada la iniciación, se crea un vacío para la catequesis. Igualmente, la instrumentalización del sacramento por parte de la pastoral, por lo que la edad de recibir del sacramento de la confirmación está determinado por la estrategia pastoral de no perder el pequeño rebaño que queda. La liturgia, por tanto, sigue siendo el lugar privilegiado de la catequesis. Aquí, de hecho, el vínculo intrínseco entre la profesión y la vida de fe se hace concreto y factible por la presencia misma de Cristo en la culminación de la celebración eucarística. La oración manifiesta plenamente que la vida de los creyentes en Cristo es una relación personal con él, que ha revelado al Padre, para hacer de todos sus hijos. Así como Jesús oró, los discípulos oran con las mismas palabras que él les enseñó. Crecer en la oración personal y educar a la comunidad a vivir de la oración, nos permite enraizar nuestra vida cada vez más en la comunión con el Padre a través del don del Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad, recordándonos las mismas palabras de Jesús, que a través de esta oración nos permite alcanzar la «síntesis de todo el Evangelio» (CIC, n. 2761).

No se puede olvidar en este contexto la cuidadosa consideración de los instrumentos pedagógicos para los que se acercan a la catequesis. También es importante en la propia vida de fe saber respetar el camino progresivo que hay que seguir. Por otra parte, la profunda unión entre la fe y la vida cotidiana permite comprobar a menudo lo contradictoria que es nuestra vida y la fuerte necesidad de la gracia que modela,

transforma y produce sus efectos si no ponemos obstáculos. En efecto, una buena pedagogía podrá poner de relieve la universalidad de la existencia y las diferentes formas de conocimiento. Una de ellas es, sin duda, la correcta relación entre fe y razón, que nos ayuda a mirar el misterio con una comprensión más profunda. Los «ojos de la fe», en efecto, pueden penetrar más profundamente en el misterio e ir más allá del esfuerzo propio de la razón, porque están llenos de razones que se refieren también al corazón. En definitiva, el amor puede guiar a la razón hacia caminos muchas veces desconocidos, pero no por ello irracionales, que abren espacios de entendimiento propios de quien ama y busca las razones de su amor.

El proceso pedagógico ayuda a entender la vida del cristiano como el seguimiento de Cristo. Sin una fe previa en su persona y una celebración que lo haga contemporáneo a los creyentes, se caería fácilmente en el fariseísmo y no merecería tal compromiso. En cambio, en la medida en que los «mandamientos» se sitúan a la luz del Evangelio y son la expresión de un estilo de vida que permite a los creyentes reconocerse y encontrar la fuerza para vivir en los sacramentos, entonces adquieren su pleno sentido y pueden ser asumidos como norma de vida. De este modo se hace evidente que los cristianos tienen un modo de vida que les permite ser reconocidos en cualquier parte del mundo. Las palabras de los Hechos de los Apóstoles, cuando los ciudadanos de Antioquía, al ver que los discípulos de Cristo vivían de forma paradójica, decidieron identificarlos como «cristianos» (Hch 11, 26), vuelven a tener una profunda relevancia. Si uno quiere, se entra aquí en el gran campo del *testimonio*.

Un último aspecto que me gustaría destacar porque expresa otro punto de originalidad del *Directorio* es el del camino de la belleza. Este podría ser muy eficaz en la catequesis, especialmente para dar a conocer el gran patrimonio de arte, literatura y música que posee toda Iglesia. En este sentido se entiende porque el *Directorio* ha colocado el camino de la belleza como una de las «fuentes» de la catequesis (cf. nn. 106-109).

Mis mejores deseos, por tanto, a todos los que dedicáis tanto tiempo de vuestra jornada a transmitir la fe con esfuerzo pero con gran fe y

responsabilidad, para que cada uno de vosotros recuerde con alegría este ministerio al servicio de la comunidad que contribuye de manera especial al crecimiento de toda la Iglesia. Haced vuestras las palabras que Agustín dirigió a sus catequistas: «Cristo vino a este mundo para que el hombre supiera cuánto le ama Dios y aprendiera a encenderse inflamado en el amor del que le amó primero, y en el amor del prójimo, de acuerdo con la voluntad y el ejemplo de quien se hizo prójimo al amar previamente no al que estaba cerca, sino al que vagaba muy lejos de él... Por consiguiente, teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, expone cuanto manifiestes de modo tal que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame» (4, 8).